

EDICIÓN ESPECIAL 75 ANIVERSARIO

Vestida
de Sul
Carmen
de Jcaza



Vestida
de Sol
Carmen
de Jcaza

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Carmen de Icaza, 1942
© de esta edición, Librerías de Ferrocarriles, 1995
© de esta edición por Editorial Planeta, S. A., 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2017
Depósito legal: B. 18.079-2017
ISBN: 978-84-08-17685-5
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impresión: Unigraf
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

—Y para terminar, señoritas, no olviden en ningún momento, en ninguna circunstancia de su vida, esa cinta azul y esa medalla de plata que llevan en el pecho.

La voz de la Madre Alarcón, como siempre, tiembla un poco al pronunciar estas palabras rituales. Como siempre, sus ojos bondadosos se detienen con algo de angustia en los rostros juveniles frente a su estrado. Hubiera querido poder improvisar un discursito nuevo y una frase final distinta, pero ¿para qué? Los ojos radiantes seguirían brillando incrédulos —como brillaban los de sus hermanas mayores, los de sus madres acaso—; las bocas se seguirían apretando para no sonreír, y las manos seguirían jugando con los flecos de las bandas. («¡Qué saben las pobres monjas de las cosas de la vida!»).

Bajo su cofia almidonada, los ojos de la Madre Alarcón pestañeaban levemente. ¡Cuántas veces, en el rincón de las confidencias del gran refectorio sombrío, ha tenido que recordar esa cinta azul y esa medalla de plata a una mujer que acudía a desgranar en la suavidad de su comprensión sus desengaños, sus luchas, sus tentaciones!

La Madre Alarcón no mira el plantel de cabezas alzadas hacia ella; sólo a las seis mayores, que mañana temprano han de marchar. Las mira como se contempla lo que no se ha de volver a ver jamás. Las graba en el misal de su memoria, junto a otras imágenes, igualmente jóvenes, igualmente alegres, hoy empalidecidas.

En la mesa, cubierta de damasco rojo, las matrículas y los diplomas presumen de orlas doradas. Junto a la Reverenda Madre, Sor Mendoza, Sor Avial, Sor Arcos y Sor Castell, tocas de nieve y manos sumidas en las anchas bocamangas, forman un místico retablo.

—¡María Carvajales y Álvarez de Sevilla!

Un susurro recorre las hileras compactas. Las más bajas se alzan en puntillas para ver mejor. María Altamar, el orgullo del colegio, ha subido los escalones del estrado. Su rostro de virgen resplandece en el marco de sus trenzas, oscuras y largas. En sus manos, como de costumbre, las notas mejores: sobresalientes en devoción, en aplicación, en conducta.

La Reverenda Madre le coloca sobre la cabeza inclinada la corona de laurel, le pasa por los hombros la banda blanca, que sólo se otorga a la alumna modelo. Brotan espontáneos, ensordecedores, los aplausos. Enrojecida, María besa la cruz que le tiende y tropieza al bajar.

—¡Rosa Núñez Garzón!

—Me alegro de que se vaya; es más mala que la peste —murmura una pequeña al oído de otra pequeña.

Tita, recortada y decidida, recoge sus aprobados.

—¡María Enriqueta Frías y Carvajales!

Rubia y chata como un pekinés, Quiqui San Ubaldo no se inmuta mientras se leen sus notas deficientes.

—¡Coral Santurce!

Nuevo susurro en las filas. El uniforme, en el cuerpo menudo, tiene una gracia distinta. Los rizos claros se escapan de las trenzas; pero los ojos, modosos, miran al suelo.

—¡Hipócrita! ¡Farsante! —se murmura en la fila segunda. Y entre las pequeñas, alguien se atreve a canturrear—: ¡Acusica barrabás; ya te vas, ya te vas!

—¡Cristina Pérez Aguijón!

Esta vez el uniforme roza las botas. Con gesto apagado recoge su dueña sus notables en religión, en labores, en piano.

—¡Sol Carvajales y de Guzmán!

Una sacudida eléctrica parece estremecer el salón de actos. Bajo las tocas del retablo se esbozan sonrisas:

—¡Sol Alcántara! —susurran las filas—. ¡Sol Alcántara!

La voz de Sor Castell crece al leer las matrículas de honor en música, en dibujo, en literatura.

La Madre Alarcón tiende los pergaminos engalanados, y su mirada, cansada, se cruza un instante con la otra, ávida, ardiente, triunfal.

«Siempre lo mismo», piensa con desaliento. Pero reacciona:

—Que Dios sea con vosotras, hijas mías.

En la emoción de la despedida deja a un lado el «señoritas» y el «ustedes». Durante unos instantes, un profundo silencio reina en la sala de actos. No se oye ni el chirriar de una silla. Una sonrisa un poco triste, que es para todas, y la Madre, seguida de Sor Castell y de Sor Mendoza, baja del estrado y abandona el salón entre una valla de reverencias.

Apenas ha desaparecido, crecen los murmullos y los ruidos.

—¡Silencio! ¡Si... len... cio!... —ordenan las Hermanas, haciendo repicar lo que Coral Santurce, irrespetuosa, llama «sus castañuelas».

En el jardín, después, gran revuelo. En honor de las que parten ha aflojado esta tarde la disciplina del colegio su habitual tensión, y hay un entremezclarse de pequeñas, medianas y mayores. Por centésima vez vuelan las mismas preguntas:

—¿Estáis contentas de marcharos? ¿Volveréis a vernos? ¿No os olvidaréis de nosotras?

Y aquí y allá alguna exclamación escéptica:

—¡Qué van a acordarse! ¡Cualquier día!

En torno a María Altamar, un corro admirativo.

—Tus padres darán un baile para ponerte de largo, ¿verdad? ¡Y tú bailarás con el Rey!

Las voces infantiles se ahuecan de importancia. María Altamar adquiriría la grandeza de una heroína de cuento. En breves horas trocaría su severo uniforme y sus trenzas lacias por una

diadema de rizos y por nubes de oros, de gasas y encajes. Las pequeñas, las medianas y las mayores sabían que entre sus seis compañeras, que mañana pisaban «de la vida el umbral», según las aleluyas rimadas para la ocasión por Sol Alcántara, María Altamar era «la del más bello destino». Y un inconsciente *snobismo* las hacía apretarse junto a la que consideraban la más afortunada protagonista de las seis novelas que empezaban.

María Altamar sonreía, serena, a las curiosidades admirativas en torno suyo.

—Ya vendré a contaros...

—Son unas idiotas —dice Rosita Núñez Garzón a Matilde Almenas, una chica de la segunda—. Como si les fuese a tocar algo de tanto postín.

—Todas quieren a María.

—¡Vamos, hombre, con lo sosísima que es! Están tan despepitadas porque les deslumbran los cinco automóviles, la cuadra de carreras de su padre y las monterías en el Coto del Cerveral.

Matilde se encoge de hombros.

—María es un encanto. Y tú lo sabes lo mismo que yo. Sencilla, buena compañera... Sólo una envidiosa puede quitarle méritos.

Tita se revuelve, airada:

—¿Te crees tú que yo le tengo envidia? ¡Ja, ja! ¡Envidia! ¿De qué? Mi padre tiene tantos millones como el suyo.

—¡Como si el dinero lo fuese todo! Tu padre tendrá millones, pero no te puede comprar ni una cara ni un alma como las de María Altamar. Porque eso, hija, son cosas que te da Dios al nacer. ¡Y tú, por mucho que te repudras, no eres digna de descalzarla ni a ella ni a Sol Alcántara!

—¿Ahora vas a meter también a Sol Alcántara en la combinación? ¿Y también vas a pretender que le tengo hinchas? ¡Lo que es a ésa no será por sus automóviles, sus fincas y sus riquezas! Pero a lo mejor por su cara desteñida y su figura de escoba...

Matilde Almenas se ha puesto en pie. En su rostro abierto resaltan las pecas.

—Sí, hija; le tienes hincha. Porque todavía hay clases. Hay los que nacen por encima de todo lo bajo, lo feo, lo ruin; los que son bien nacidos y se conservan señores allí donde estén. Y hay los que, como tú, se pasan la vida envidiándoles, porque les gustaría parecerse a ellos y no pueden.

—¡Bien nacidos! ¡Ay, chica! Cada día estás más pedante. Acabarás pareciéndote a tu ídolo.

—¡Qué más quisiera yo! ¡Mírala! —y con un gesto enseña Matilde la estampa que ofrece un rincón de la huerta.

Sol Alcántara, sentada casi a ras del suelo, tiene a una chiquitina en sus rodillas. Y un sinnúmero de pequeñas se apretujan en su derredor.

—¡Ay, Sol! ¿Quién me va a hacer mis trencitas? Ahora sí que perderé las cintas, y Sor Castell me pondrá malas notas.

Unas manos gordezuelas y no muy limpias acarician el rostro fino.

—Solecita, y a mí, ¿quién me quitará los manchones de tinta?

Sol ha sacado un pañuelo de su bolsillo y lo enfoca hacia las narices de una de las más pequeñas.

—Sopla —dice, autoritaria.

—Cuando seas una señorita muy guapa y muy elegante, ya no nos querrás... —dice una voz tímida.

—¿Muy guapa y muy elegante? —una risa—. Eso lo dejaremos para María Altamar o para Coral Santurce. ¡Porque lo que es yo!

Rápidamente ha deslizado de su falda a las dos pequeñas, con ademán afectado la abre en abanico, saca una pierna, que la media negra hace parecer aún más delgada, y con los ojos entornados declama:

—*La Esfera*. Bellezas aristocráticas: «Entre las jóvenes que más llaman la atención en nuestra alta sociedad por sus singulares encantos, figura la bellísima duquesita de Alcántara, cuya

encantadora silueta, con galas de París, podéis admirar en esta página».

—Qué graciosa —dice Tita.

Las chicas palmorean y ríen. Las medianas y mayores se han ido acercando.

—Sol está haciendo película.

—Sí, hijas mías, sí —perora ésta desde una piedra—. Ya oiréis hablar de mis resonantes éxitos. Todos los pollos más sugestivos, en pleno *delirium tremens* por vuestra ex compañera: suicidios, duelos; un tío que se tira por el viaducto porque yo no le he sonreído; otro que se ahoga en el Manzanares (pondremos en el estanque del Retiro para más seguridad), y delante de mi casa, un cartel: «Petición de mano, de tres a cinco. Los automóviles entran por la puerta del jardín. Prohibido llegar a pie».

Las carcajadas estremecen la huerta. Menos mal que los pájaros que anidan en los castaños ya van sabiendo lo que es un colegio de señoritas. Y ya van sabiendo lo que es que Sol Alcántara tome la palabra.

—Pero tú te decidirás por el más guapo, ¿verdad? —averigua una mediana de grandes ojos azules.

—¡O por el más rico! —insinúa Tita.

—¡O por el más noble! —ahueca la voz Matilde Almenas.

—¡O por el más elegante! —dice Coral Santurce.

—¡O por el más bueno! —musita Cristina Pérez.

—Yo —dice Sol, bajando con aire modesto sus ojos radiantes— pediré consejo a Doña Sabiduría. ¡Prima María Altamar! ¿A cuál de los caballeros del torneo arrojaré mi cinta?

Todas las cabezas, en un solo gesto, se han vuelto hacia María Carvajales. Esta no sonrío. Su rostro perfecto adquiere una mayor gravedad, y, como quien emite una sentencia que ha de regir un destino:

—Por el que quieras con toda tu alma.

II

Al atardecer, las que parten y las que se quedan, encaramadas en la tapia de la huerta, miran, como tantos otros días, los juegos del crepúsculo sobre la silueta de la capital; sus tejados de púrpura; sus ventanas, convertidas en hogueras; sus fachadas, lilas, rosas, grises. «¡Mañana!», se dicen; unas, con nostalgia; otras, con ilusión.

¡Mañana! Seis novelas que empiezan; seis infancias que acaban. ¿Qué guarda tras sus fachadas opalinas para las seis nuevas mujeres el corazón de la gran ciudad?

Cristina Pérez Aguijón evoca la alcoba que comparte con su hermana Felisa. Las colchas de algodón azul con flecos amarillos. La estampa del Sagrado Corazón, que parece un premio de rifa. Le da una gran tristeza dejar el colegio; pero no lo dice. No es noble, como las Carvajales o como Quiqui; ni hija de un subsecretario, como Coral; ni de un millonario, como Tita. Su padre es catedrático; un señor muy culto y muy bueno, que se ve negro para sacar dignamente adelante con sus haberes un hogar modestísimo. En sus tiempos había dado clases de literatura a las Infantas, y la Reina Cristina le había otorgado para ella esta beca en las Damas Blancas. Los ocho años habían pasado como un sueño. Como un sueño dichoso, con el único despertar de las vacaciones, que eran una lamentable vuelta a la realidad.

—¿Sabes? —le decía Felisa, de temporada en temporada—. Ya voy completando la docena.

—¿La docena de qué? —pregunta Cristina, incauta.

—De vasos, hija; con los cupones de Santa Rosalía.

Santa Rosalía era la mercería de la calle del Arenal, que, como reclamo, por cada cinco duros de gasto daba un vale a su clientela.

«Mañana me dirá que ha reunido los dieciocho», se dice Cristina, y tiene ganas de llorar.

—Yo no he tenido novio —oye a su lado la voz de Coral—; pero pretendientes, ¡uf!

—Lo creo —aprueba Quiqui—. Tú eres un tipo que gusta a los hombres —y ante una muda interrogante general—: Nora, mi hermana, dice que a una chica mona y tonta no hay quien se resista. Pero que... —cortando la indignada protesta de la otra—, pero que nadie sabe lo lista que hay que ser para pasar por tonta.

—¿Tienen mucho partido tus hermanas? —se interesa Cristina, pensando en la monótona madurez de Felisa, de quien su madre dice, con injustificado orgullo: «Es una chica que nunca ha tenido novio».

—¡Huy, la locura! ¡Y cómo lo pasan! No se pierden ni una sola invitación a lo que sea. Eso mismo voy a hacer yo. Ya me veréis rodeada de pollos.

Pensativa, mira María a lo lejos. La conversación sobre «pollos» no le interesa. El único hombre que le importa es su padre. Mañana le volverá a ver; se colgará de su cuello y, brazo en brazo, hablarán de cosas que les gustan a los dos. Él la escuchará con una tierna atención en la mirada, y le contará de las fincas, de la ganadería, de los caballos. La llevará a Los Pedregales y a la Dehesa Grande, y montada en «Tremenda», su jaca rubia, galopará a su lado por las anchas llanuras de Castilla.

—En este momento de salir, ¿no sientes no tener madre? —le pregunta Coral de pronto.

María parece volver de lejos.

—María Antonia es muy buena para mí; me quiere mucho —contesta, evasiva.

Sol lanza una rápida mirada a la Santurce.

La campana de la capilla toca a Bendición, y las bandadas juveniles levantan su vuelo de la tapia. Salen los velos negros de los bolsillos interiores de las faldas; presurosas se forman las hileras, y a los sonos del órgano se va llenando la capilla. Entre el guiñar de las velas sonríe la Virgen del Amor Hermoso, con su niño pequeñín y rubito en los brazos. En la penumbra ponen los hábitos de las Damas Blancas sus claros manchones. Y las que han de partir sienten por primera vez un poco de angustia.

Unas notas claras, vibrantes, llenan el pequeño templo. Las cabezas se alzan. ¡El Avemaría! Sol Alcántara canta el Avemaría. En el coro, junto a Sor Castell, su sombra parece crecer. Exhala armonía, como un cirio su luz. El velo le ha resbalado hacia atrás, y en el nimbo de su melena loca, su cara es más pálida, más delgada todavía. Lo que tiene que pedir a la Madre del Amor Hermoso lo cantan las notas divinas de Schubert.

—Avemaría...

Nunca ha cantado Sol como en este último anochecer. Nunca como hoy ha estremecido con el poder de su voz de maravilla ese centenar de almas infantiles. Sobre las manos cruzadas se inclinan los velos.

«Virgen mía... Virgen mía...».

Un éxtasis muy dulce llena el pequeño templo.

Y la Reverenda Madre Alarcón, de rodillas en su reclinatorio, siente miedo allá en el fondo de su vieja experiencia, nacida de experiencias ajenas. Inclina la cabeza más profundamente sobre el terciopelo rojo:

—Y ahora, Reina de los Cielos, una Salve por Sol Carvajales.